

loquecido hasta el extremo de escribir esas cartas, que á todos nos han hecho prorrumpir en exclamaciones de admiración unas veces, por lo elevado y casi sublime de los conceptos; en lástima otras, ante el exajerado culto que revelan hacia una niña, á quien este infeliz, en las alas misteriosas de sus ideas, considerara como una *deidad celeste*, bajada del cielo para su exclusiva felicidad, sin parecido alguno con los imperfectos seres de la tierra y dotada de esas *virtudes sobrehumanas* que se escapan aun á la mortal penetración de los ingenios eximios? El Ministerio Público, agrupando bajo un sólo juicio toda la correspondencia del acusado, ha incurrido, creo que no intencionalmente, en una grave equivocación, por la que hace aparecer, como dirigidas por aquél á la que era su simple prometida, frases de grande intimidad y confianza ciertamente, cuando en realidad ya Amelia era por lo menos esposa civil del acusado. Ninguna de esas cartas tiene la fecha en que fué escrita; pero, á falta de este dato, la más superficial observación basta á notar que las dos ó tres que nos denuncian cierto dominio de pasión material, que á pesar de todo sólo se trasparenta en palabras de doble significación, en nada se parecen al mayor número de las otras, inspiradas á no dudarlo por el idealismo más puro, por la sólo nobilísima aspiración del amor, que no quiere ni pensar en los inevitables desencuentros de la vida. ¿Cómo no inclinarnos á aceptar la verdad de las afirmaciones del procesado, que nos ha dicho haber escrito éstas en una época anterior á la

de las otras por la natural falta de trato íntimo con su futura esposa? Sospechar siquiera lo contrario, es sólo calumniar gratuitamente la naturaleza humana, aun á riesgo de no poder explicar cómo un mismo pensamiento ha producido en igual tiempo y en no diversas circunstancias expresiones tan disímbolas entre sí, aunque dirigidas á idéntica persona.

Conformémonos, Señores Jurados, en este punto con lo verosímil, y no nos esforcemos en encontrar el proyecto aleve de corromper al ser que destinaba el acusado para objeto de su culto doméstico, en actos que pueden muy bien significar sólo la natural manifestación de la pasión amorosa.

Así las cosas, y tomando en conjunto la correspondencia de Enrique Rode, yo no puedo menos que reconocer que con aspiraciones semejantes, con sueños de tan exajerado idealismo, con actitud tal que más parece de adoración que de amor á un simple ser de la tierra, aquél habría sido felicísimo en la vida si á lo menos la joven á quien unió su destino, no tan ufana de los homenajes de que era objeto y más reconocida á tanta humillación, hubiera correspondido con ternura y respeto al esposo, con afecto hacia el hogar y con interés por los laboriosos afanes de su compañero, siquiera estos sentimientos no fuesen manifestados sino sencilla y naturalmente. Eso no sucedió, Señores Jurados, y el soñador esposo, precipitado desde la alta cima de sus confiadísimos anhelos, contempló, á los primeros días de su vida conyugal, algo más que la prosa de la realidad, cierta



cosa peor que las vulgares costumbres, el cieno de indescritibles vicios y la crueldad de todas las perversidades. No habían pasado sino unos cuantos días, oigo por aquí que cuatro, perdonadme, Señores Jurados, todos éstos detalles á que me obliga la gravedad de la causa, no habían pasado sino cuatro días de verificado el matrimonio eclesiástico, cuando sabedora una hermana de la que ya era señora de Rode, de que ésta había tomado á su servicio á una tal Lucesita, despedida por ella, le escribió un recado, pidiéndole cuatro pesos que le debía y unas cortinas que le había prestado para adorno del lecho nupcial. Amelia contestó dicho recado en términos que la desconfianza me impide repetir; pero que la testigo Luz Castillo ha llamado aquí sencillamente groseros. Lo eran tanto, Señores Jurados, que al día siguiente el señor esposo de la persona á quien tal recado había sido enviado, lo devolvió á Rode, diciéndole en carta que procurase evitar en lo sucesivo una correspondencia tan zoez y ultrajante de parte de su esposa. Rode reconvinó dulcemente á ésta por tal proceder; pero no obtuvo por respuesta sino que ella le dijese que eso no más faltaba, que él también la regañase, cual si fuera una "se me resiste decir la palabra." (*Aplausos*). Este fué el principio de una no interrumpida sucesión de disgustos entre ambos cónyuges, que estayando muy frecuentemente por causas fútiles, eran exacerbados y degeneraban en verdaderos escándalos por el carácter vehemente é irrespetuoso de la joven Rode, como os he indicado antes, había fundado en

su colegio una Academia gratuita de profesores de Inglés bajo el nombre del señor Ministro de Justicia. Las labores de esta institución tenían lugar de noche, después de concluidas las tareas escolares; y no obstante el grave compromiso contraído por el acusado al fundarla, y que en sus progresos estaba tan interesada la reputación del profesor su esposa, sin reparar en que aquél no contaba con otros elementos de vida que los honorarios de la enseñanza, se propuso y consiguió desacreditarlo poniéndolo en ridículo, y á este fin se esforzaba en estorbarle el desempeño de su trabajo. Habeis oído, Señores Jurados, las declaraciones de varias de las señoritas educandas en esa Academia, que todas á una nos dicen cómo la joven Z. interrumpía frecuentemente las clases, ya llamando con estrépito á Rode, ya injuriándolo en alta voz y en una pieza contigua á la de las lecciones, cuando no acudía con presteza á sus reclamos. Era inevitable, pues, que al cabo de algún tiempo y además por exigencias terminantes de su esposa, el acusado tuviera que clausurar como lo verificó, aquella academia, pretestando á sus discípulas un grave quebranto de salud. Aun quedaban al procesado algunas lecciones particulares con cuya retribución, nos ha dicho aquí, cubría en pequeños abonos algunas deudas que había contraído para su matrimonio. Pero el odio, pues no encuentro otra palabra, para calificar tan implacable conducta, el odio, digo, de Amelia hacia su marido; no saciado ni aun con el ridículo



y desprestigio arrojado sobre él, en medio del cerco de miseria con que cada día iba estrechando más y más la vida de este pobre hombre, fingió abrigar celos de su fidelidad y le impuso, como orden perentoria, so pena de causar un nuevo y grave escándalo, la obligación de dejar aquellas clases particulares inmediatamente y sin pérdida de tiempo. ¿Cómo hacerlo, le decía el acusado, si con el producto de ese trabajo estoy pagando el precio de nuestro lecho nupcial? No importa, replicaba la embrecida esposa, ó esas lecciones ó la tranquilidad de tu hogar. No hubo, pues, remedio, Señores Jurados, también este último recurso fué sacrificado por la debilidad de carácter en aras de un amor ciego y apasionado, y desde entonces, en medio de penurias de toda especie, de disgustos cada día renacientes, y sin que ni una sola vez ni la simple consideración endulzase la amarga vida del procesado, quien durante el día se ocultaba avergonzado de sus numerosos acreedores y por la noche muy frecuentemente huía al departamento de los alumnos, pues para este infeliz no había descanso ni en su propio hogar; de dificultad en dificultad, de descrédito en descrédito y tras de algunos conatos de suicidio, empezó á descender hasta el grado de deshacerse en definitiva del colegio mismo, entregándolo á estrañas manos, vendiéndolo de cualquier manera, y pensando, á no dudarlo, con amarguísima aflicción en que con esto iba á desaparecer para siempre de aquellos muros de la casa de Betlemitas la venerable sombra de D. Guillera

mo Rode, á cuyo amado recuerdo habíase sentido el acusado capaz, por cumplir una promesa hecha á su padre, de acometer y llevar á cabo una empresa tan superior á sus medios, Rode no podía obrar de otra manera en el extremo á que había llegado su situación, ahogadas ya en su débil espíritu aun las reminiscencias más dulces y tiernas de la familia por sufrimientos presentes é intensísimos. Los alumnos mismos del establecimiento, que habían sido necesarios testigos de tantas humillaciones inferidas á su maestro y director; habiéndole perdido todo respeto, ó se iban para no volver y contaban á sus familias todas aquellas escandalosas escenas, ó indignados en su inocencia misma contra tantos ultrajes, daban forma á este natural sentimiento, escribiendo en las paredes del colegio frases sarcásticas para la esposa y, respecto de la paciencia del marido. Y entre tanto, preguntaréis, Señores Jurados, ¿cómo se conducían los padres y hermanos de la señora de Rode? Este había conservado, después de la venta del colegio al Sr. Hipólito Espinosa, el derecho de dar una clase, y un día en que estaba dedicado á su trabajo, oyó ruido, como de que se rompían con violencia papeles en el aposento inmediato. Muy lejos estaba de figurarse que dos obras suyas manuscritas, de cuya publicación se prometía obtener algún lucro, serían pronto arrojadas á sus pies en mil pedazos por las manos de su esposa. Como era natural, este acto inconcebible disgustó en estrémo al acusado, y cuando los esposos



ellos se cambiaban entre sí palabras, de justísima indignación por parte de Rode, de ardiente cólera por la de Amelia, la madre de ésta se presenta, no para aplacar el disgusto sino para atizarlo con graves recriminaciones en contra de aquél, á quien llegó hasta amenazar con un cuchillo, sin guardarle ni el sentimiento de la gratitud, á lo menos porque había hecho del Sr. Zornoza, simple vendedor ambulante de billetes de lotería, todo un señor Prefecto y Profesor del Colegio de Betlemitas. (risas) Apenas podréis creer, Señores Jurados, que esa misma madre, cuyo irritable carácter ya habréis notado desde ayer en el careo con una de las testigos, á propósito de este y otros disgustos con el procesado, llegara más de una vez, quiero creer que sólo inspirada por la cólera, hasta asuzar á su hija para que faltara á la fidelidad hácia su esposo.

Rode tuvo que renunciar aún á la clase que se había reservado en el colegio, y una tarde en que la completa falta de dinero había hecho estallar amarga desavenencia entre él y su esposa; ya no ocurriéndole otro medio ante sus continuos disgustos, que correr á la calle, así lo hizo á la vista de los vecinos todos del callejón de Betlemitas, pareciendo por su raro aspecto y precipitada marcha, un perseguido á quien acosa de cerca su más implacable enemigo. La joven Amelia sale tras él, é insultando en el camino á la muy respetable Sra. Zanini que le había salido al encuentro, tal vez para aplacarla, avanza hasta afuera, con gritos é insultos á Rode, quien te-

meroso de mayor escándalo, regresó á poco con ella, pálido y abatido, suplicándole con lágrimas y rendidos ruegos más moderación y más respeto. "Ni tú, ni el Sr. Espinosa, contesta Amelia en alta y agresiva voz, me han de engañar sobre el verdadero precio que has recibido por el Colegio." Presente el Sr. Espinosa al ruido de tanto escándalo, dirige á Rode algunas palabras en inglés, quizá advirtiéndole que evitase en lo sucesivo esos desórdenes; pero de repente la enfurecida joven, como si se creyera injuriada, envuelve también en sus insultos á esta persona con quien no la ligaban sino respetuosas relaciones de amistad.

¿Qué situación, Señores Jurados, más indigna sin duda, para quien la soportaba; pero qué situación más mortificante, más penosa, más anonadadora de la propia energía, podía haber que ésta? Indigna, he dicho, Señores Jurados, y me arrepiento, porque en medio de tantas necedades irrespetuosas, de crueldades tan incalificables, el acusado tenía la desgracia de continuar cada vez más enamorado de su esposa, lo cual basta á explicar cómo después de todo, aun soñaba en la felicidad doméstica y, al tomar la vivienda de la calle de la Acequia, se prometía hacer cambiar de vida á Amelia.

Me falta ya el lenguaje, Señores Jurados, para continuar exponiendo aun á grandes rasgos el nuevo género de sufrimientos que tuvo que devorar este hombre en ese que fué su último domicilio hasta el momento de ser reducido á prisión. ¿Cómo podría



yo, sin rebajarme á vuestros ojos, sin profanar este dón de Dios que se llama la palabra humana, describiros todos esos pormenores de alcoba, esos mil deseos contrariados en el silencio de la noche, todas esas escenas de increíble indecencia, de impudor sin límites en que la renuencia de la esposa se complacía en provocar y aguijonear las pasiones de su marido, llegando una vez hasta llamar con gritos al gendarme de la esquina para que se enterase de intimidades de familia? ¿Qué podría yo deciros para que entendiéreis la manera con que esa joven profanaba el secreto del hogar doméstico, la santidad del matrimonio; y la censurable conducta de una familia que no tenía reparo en mandar por la noche á la menor de sus hijas, para que espíase, como aquí ella misma nos lo ha dicho, á aquellos cónyuges irritados? Renuncio á hacerlo, Señores Jurados, renuncio resueltamente á hacerlo, porque si gracias á un solícito cuidado creo no haber manchado hasta aquí con una sóla palabra la severa dignidad de esta audiencia, en la parte del debate que se abre ante mis ojos, la pendiente es tan resbaladiza, porque la indecencia es tan grande y el impudor raya á tal extremo, que temería hiciese traición á mi propósito el sentimiento obligado de la verdad.

Rode, Señores Jurados, en el último exceso de la desesperación; lleno de deudas que á cada instante le avergonzaban y humillaban; digno y hasta severo unas veces con su esposa; cariñoso y quizá complaciente otras; pero siempre desacertado con ella, des-

ahogaba su dolor en ajenos corazones, imploraba los consejos de la amistad y con esto, sin pretenderlo, hacía públicas las profundas heridas de su hogar. Un día quiso revestirse de una energía para la cual estaba ya gastado su espíritu, y aprovechándose de que su esposa se había ido á un día de campo, sin avisarle, pidió por tal causa el divorcio y el depósito de aquella en la casa de una familia honorable. Aun este medio resultó en definitiva inútil, tanto por la debilidad de carácter del procesado, como por la astucia hábilmente desplegada por la joven; Sabéis ya, Señores Jurados, como un ataque de nervios admirablemente imitado por Amelia durante la noche y el nombre del acusado repetido en medio de las lágrimas y de las contorsiones y rigideces mejor fingidas, dieron al traste con aquella energía de unos cuantos días, desistiéndose Rode de la demanda y pidiendo, volviera la esposa al hogar, triste desde su ausencia. Este infeliz se humilló en esa promoción hasta el extremo de afirmar que se había equivocado, que Amelia era un modelo de virtud y que toda la familia Zornosa se distinguía por su honorabilidad. Así terminó el único acto enérgico y digno en la conducta de Rode, quien con el desistimiento y en tales términos, perdía para siempre el derecho de solicitar nuevo divorcio por las mismas causas. Cualquiera pensará, Señores Jurados, que á tan noble proceder de Rode correspondió su esposa á lo menos con la gratitud. Si á ésta obliga el menor beneficio, porque el sentimiento en que consiste, es el



más natural de nuestro ser, que se siente débil y siempre por lo mismo necesitado del ajeno amparo, ¿qué tenía que suceder en orden á un acto por el cual el acusado se confesaba reo de mentira ó ligereza, y restituía á la familia Zornoza su buen nombre, ya muy empañado por los escándalos de Amelia en el seno de su hogar? Sucedió, sin embargo, todo lo contrario: creo que el mismo día en que el juicio de divorcio se terminaba, la joven Amelia jactábase de haber hecho caer á su esposo en las redes tendidas por su viveza y le decía estas textuales palabras: "ahora sí, soy china libre: ya verás como llevo á cabo lo que se me ha puesto aquí" y se señalaba la frente. (Risas) Rode ya no sabía más que llorar y retorcerse en la desesperación; pero aun continuaba amando á aquella mujer, que ejercía sobre él satánica é irresistible influencia. La rabia y el acibar de los celos más exagerados, síntoma inequívoco de debilidad de carácter, que desde un principio habían influido muy poderosamente sobre el de este hombre en vista de la belleza y conducta de su esposa, lograron poseerlo por completo, apoderarse de todo su ser, influir con exclusivo imperio en todos sus pensamientos, pues sin descanso despreciado por la mujer amada, veía pruebas de infidelidad aun en sus actos más insignificantes, y fuerza es decir, que ella muchas veces procuraba infundirle sospechas y graves zozobras.

Rode había resuelto tomar una casa en la calle de Jurado, lejos, según decía, de la maléfica influencia

de aquella familia, porque aun soñaba con operar sobre Amelia si vivía á solas con ella, la más saludable metamorfosis de educación y afectos. El domingo 12 de Agosto de 1888 el acusado había logrado trasladar á la nueva habitación la mayor parte de los muebles, y al llegar la noche había ido á casa de sus suegros para traer á Amelia que estaba al lado de éstos, desde hacía algunos días á causa de recientes y nuevos disgustos con aquél. La joven se había resistido á acompañar á su esposo, diciendo que prefería continuar viviendo lejos de él.

No es fácil, Señores Jurados, ni aun esforzándonos con la imaginación en descender al nivel moral del procesado, figurarnos el estado de su ánimo durante esa noche en que un nuevo desaire de su esposa le significaba lo irremediable de su desamor y rebelde carácter. La más simple reflexión basta, con todo, á pensar que mil recuerdos, á cual más triste, y dolorosísimas reflexiones debieron librar rudo combate sobre aquel espíritu rebosante en desengaños. Sólo y despreciado por la mujer á quien tanto había amado hasta sacrificar á sus menores caprichos la honra y todos sus elementos de vida, quizá recordó en su insomnio aquella larga y no interrumpida sucesión de crueles agravios que, como otros tantos espectros sombríos y adustos, se erguirían é irían desfilando paso á paso ante sus ojos enrojecidos por el llanto. Tal vez entonces también, y al acudir á su memoria las revelaciones de espías pagados por sus celos ó de prudentes ú oficiosos amigos, que en más de una ocasión